

## UNA PRAXIS PASTORAL QUE ESTIMULE LA PERTENENCIA A LA COMUNIDAD CRISTIANA

FÉLIX GARITANO LASKURAIN  
Responsable diocesano de catequesis de adultos  
San Sebastián

El artículo que se me pidió hablaba de la "pertenencia a la Iglesia". Yo sé que la eclesialidad no se reduce a una vivencia comunitaria, aun cuando para muchos de nuestros cristianos, desgraciadamente, la identificación con la Iglesia se reduce a la vinculación con su comunidad parroquial:

Soy consciente de la falta de afecto –y vinculación– a la Iglesia, tanto fuera de nuestras fronteras eclesiales como dentro de ellas. Hace unos años, los obispos españoles declaraban, "se ha difundido entre nosotros una crítica radical de todo lo institucional y del ser mismo de la Iglesia" (TDV 50).

También hace unos años, Javier Martínez Cortés detectaba la ruptura del "corpus sistemático de creencias al que se adhieren fielmente los creyentes" <sup>1</sup>. En esta misma línea, nuestro papa Juan Pablo, en su última carta encíclica, denunciaba el hecho de que dentro de la comunidad cristiana se ponga "en tela de juicio, de modo global y sistemático, el patrimonio moral" (VS 4).

*¿Qué hacer para estimular la pertenencia a la Iglesia?* Me parece un tema de estudio sugestivo, obligado, que no puede limitarse a proclamar cuatro principios o convicciones teológico-pastorales. Es un trabajo que exige una autocrítica interna, marcarse unas actitudes básicas, programar todo un "iter", y esto requiere pensarlo mucho, hacerlo muy despacio, en equipo, etc., algo que sobrepasa mis posibilidades actuales.

---

<sup>1</sup> J. Martínez Cortés, "Jornadas sobre increencia": *Informacion S.J.* Número extraordinario (1986) 96-101.

En cualquier caso, pienso que la adhesión eclesial empieza por una adhesión a una comunidad cristiana y, dado que soy un catequeta volcado de lleno actualmente en la vida parroquial, pienso que mi aportación puede ir en esta línea comunitaria parroquial: qué *praxis pastoral* debemos potenciar para estimular a la gente al acercamiento a una comunidad cristiana y desde aquí ayudar a vivir una más amplia dimensión eclesial.

#### I. SUSCITAR Y RECUPERAR LA EXPERIENCIA RELIGIOSA CRISTIANA

Son los obispos de Euskal Herría quienes, con su última carta pastoral de Cuaresma 94, me han suscitado la expresión "recuperar la experiencia religiosa"<sup>2</sup>. Yo le he añadido *suscitar*, porque son cada vez más los que no han perdido dicha experiencia, dado que nunca la han tenido.

Cabe hablar también de una *recuperación* de la experiencia religiosa, porque esta ha sido desfigurada. Una de las tareas más queridas de Jesús fue la de recuperar o dar a conocer la verdadera imagen de Dios, su Padre. Después, al cabo del tiempo, ha vuelto a desfigurarse entre las personas religiosas la imagen-vivencia de Dios, hasta el punto que el hombre moderno, si es mínimamente coherente consigo mismo, no es de extrañar que no pueda cohabitar con ella.

No hay responsable de pastoral a quien no le preocupe el abandono de la comunidad cristiana por parte de "muchedumbres numerosas de bautizados" (EN 56). Si siempre es vital para un creyente el encuentro con la comunidad, lo es mucho más en una cultura impregnada de indiferencia y agnosticismo. Para nosotros no es un dato excesivamente significativo el que una gran parte de la sociedad afirme creer en Dios. Lo que cuenta en realidad es la vida cristiana, y ésta difícilmente será posible sin el apoyo de una comunidad. Ciertamente, el acudir a una comunidad cristiana no es garantía sin más de una vida cristiana: sigue habiendo entre los practicantes deformaciones serias de su experiencia religiosa, incoherencia entre fe y vida, "entre la fe y la moral" (VS 88), falta de audacia misionera, deficiencia eclesiológica, etc.; pero esto cabe mejorarlo cuando un creyente acude de buena fe a una comunidad cristiana.

---

<sup>2</sup> *Evangelizar en tiempos de increencia* (San Sebastián, Idatz, 1994) n. 94.

El problema reside en cómo suscitar en un bautizado alejado de la fe —o en un no bautizado— el interés por la comunidad cristiana. No cabe pensar en adhesiones a la comunidad, en personas en las que antes no se ha producido la genuina experiencia religiosa cristiana. En catequética, la adhesión a la comunidad cristiana la presentamos como la última etapa del proceso evangelizador, precedida de la etapa misionera y de la etapa catequética<sup>3</sup>. Desde los comienzos de la Iglesia, quienes se han adherido a ella lo han hecho después de haber acogido la Palabra y haber sido bautizados (Hch 2,41). Naturalmente, quien va a incorporarse a una comunidad cristiana es aquel que ha conocido vivencialmente la novedad de la fe la ha acogido con gozo, ha descubierto que la fe es una vivencia eclesial comunitaria y busca, por tanto, una comunidad donde se apoye para vivir su fe en el mundo.

No tenemos, pues, más remedio que comenzar a preguntarnos por esa "praxis pastoral" que pueda ayudar a hacer surgir la experiencia religiosa cristiana en los hombres y mujeres de hoy.

Es algo realmente difícil suscitar el interés por la experiencia cristiana —que intuyen como algo novedoso e interesante para sus vidas— en personas que han vivido en un ambiente socio-cultural tan marcado por lo religioso como es nuestro caso: "su anuncio ha sido ya oído y ahora se escucha y se ve lo cristiano desde prejuicios acríticamente aceptados"<sup>4</sup>.

Palpo un cierto desánimo en mis compañeros sacerdotes que no ven respuestas tras tantas invitaciones misioneras. Personalmente, sentí un cierto alivio al leer que san Ambrosio, en plena época dorada catecumenal, "había lanzado la red durante las fiestas de Epifanía y todavía no he recogido nada"<sup>5</sup>. Es posible que tengamos que vestirnos de aquella "paciencia histórica" de la que nos hablaba Torres Queiruga en un conocido artículo, el año 1984<sup>6</sup>. ¿Cuál es la praxis pastoral a seguir?

---

<sup>3</sup> Cf. *Catequesis de adultos. Orientaciones pastorales de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis*, cap. II.

<sup>4</sup> *Evangelización y hombre de hoy*. Congreso (Madrid, Edice, 1986) 2ª ponencia: *¿Qué es evangelizar hoy y aquí?*

<sup>5</sup> Ambrosio, *Exp. in Luc.* 5,76.

<sup>6</sup> A. Torres Queiruga, "Hacer presente la salvación cristiana en la España actual": *Pastoral misionera* 137 (1984) 533-548.

### 1. *Superar el complejo de inferioridad*

Tendríamos que comenzar por superar el complejo de inferioridad de pensar que en este momento no tenemos nada válido y específico para ofrecer a nuestra sociedad<sup>7</sup>; "La necesidad de Dios –dice R. Garaudy– es la mayor necesidad de nuestra época, de ella depende la supervivencia de la humanidad"<sup>8</sup>. Pensadores como M. Morineau o E. Fritz Schumacher han manifestado abiertamente la necesidad de la fe religiosa: "el moderno experimento de vivir sin religión ha fracasado"<sup>9</sup>. M. Gauchet, en su libro sobre el desencantamiento del mundo, concluye afirmando que "hay que reconocer la existencia de un estrato subjetivo ineliminable del fenómeno religioso". L. González Carvajal, aludiendo a Dodds, nos recuerda que el "éxito de la primera evangelización fue que, mientras los paganos habían perdido la confianza en sí mismos, el cristianismo aparecía a los ojos de todos como 'una fe que merece la pena vivir', porque es también una fe por la que merece la pena morir"<sup>10</sup>. Por eso, lo primero que debemos quitar de nosotros es el miedo, escuchar aquel grito profético de nuestro papa Juan Pablo al comienzo de su pontificado: "¡No tengáis miedo! Permitid a Cristo que hable al hombre. Sólo él tiene palabras de vida, sí, de vida eterna"<sup>11</sup>. Junto a ello, "buscar una y otra vez los caminos que están demostrando una mayor capacidad evangelizadora y de conversión"<sup>12</sup>. Es continuar con aquella recomendación de Pablo a Timoteo: "Vendrán tiempos difíciles. Tú insiste a tiempo y a destiempo" (2 Tim 4,2-4).

### 2. *Audacia misionera*

El anuncio misionero es el nervio central del proceso de la evangelización. "He ahí la prueba de la verdad, la piedra de toque de la evangelización" (EN 2). La calidad de una comunidad no se mide tanto por el nivel

<sup>7</sup> *Evangelización y hombre de hoy*. Congreso, o. c., 2ª ponencia.

<sup>8</sup> R. Garaudy, *Tenemos necesidad de Dios* (Madrid, PPC, 1994) 194.

<sup>9</sup> Citado por L. González-Carvajal en *Evangelizar en un mundo postcristiano* (Santander, Sal Terrae, 1993).

<sup>10</sup> L. González-Carvajal, o. c., 13.

<sup>11</sup> Homilía del inicio de su pontificado (22-10-1978).

<sup>12</sup> *Para que el mundo crea*. Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal (1994-1997) (Madrid, EDICE, 1994).

de sus celebraciones cuanto por su capacidad para suscitar interrogantes y poner a nuevas personas en búsqueda de la fe. La Iglesia es para la misión, nos lo recuerda una y otra vez Pablo VI en ese "best-seller" de la evangelización que es su exhortación, *Evangelii nuntiandi*. Todo en la Iglesia está pensado para la misión. "En ella la vida íntima no tiene pleno sentido más que cuando se convierte en testimonio, provoca la admiración y la conversión" (EN 15). Por eso, dado que la esencia de la Iglesia es relacional —para el mundo—, "las crisis observadas en la evangelización son las más radicales para la Iglesia misma"<sup>13</sup>. "Me interesan las personas a cuyo servicio está la Iglesia —dice A. Torres Queiruga— y en esa medida me interesa una Iglesia que realmente sea lo mejor posible. La Iglesia es una mediación"<sup>14</sup>, un 'sacramento', como decía el Concilio (LG 1). Muchos pastoralistas creemos realizar la acción misionera porque ejercemos una pastoral de misión con aquellos alejados de la fe que acceden a la comunidad a solicitar un servicio religioso; olvidamos, sin embargo, que la auténtica misión es "ir" en busca... Jesús escogió a su discipulado "para enviarlos a predicar, con poder de expulsar los demonios" (Mc 3,1). Naturalmente, ésta es la vertiente más dura —pero también la más genuina— de la misión.

Personalmente, pienso que la Iglesia ha ejercido y ejerce la misión a través de tres caminos:

- a) El testimonio en la solidaridad transformadora y el compartir.
- b) El testimonio en su vivencia orante-celebrativa.
- c) El testimonio en su anuncio verbal.

a) La misión a través de la solidaridad, la transformación de los males, el compartir.

Según aquello del Concilio de que "el porvenir de la humanidad está en manos de quienes sepan dar a las generaciones venideras razones para vivir y razones para esperar" (GS 31), muchos hemos pretendido que nuestras parroquias sean un oasis de humanidad, que hagan preguntar en

---

<sup>13</sup> J. Sobrino, *Resurrección de la verdadera Iglesia: los pobres, lugar teológico de la ecclesiología* (Santander, Sal Terrae, 1981) 269.

<sup>14</sup> A. Torres Queiruga, *El cristianismo en el mundo de hoy* (Santander, Sal Terrae, 1992) 16-18.

su entorno: "¿Por qué son así?, ¿por qué viven de esa manera?, ¿qué o quién los inspira?" (EN 21).

Nos encontramos en una época en la que acaso son más necesarios buenos testigos que predicadores, suscitar preguntas que dar respuestas. En situaciones urgentes de evangelización, como la presente, decía el Congreso de Evangelización, la etapa misionera se caracteriza por ser etapa de calidad y abundancia de presencias testimoniales solidarias y significativas" <sup>15</sup>.

Si la solidaridad, el compartir la vida con la gente es propio del ser creyente –dichosos llamó Jesús a sus discípulos si se hacen pobres con los pobres (Lc 6,20)– en momentos de un individualismo exagerado, o de insolidaridad como el actual, se transforma entonces en un signo misionero de gran fuerza.

– Una de las exigencias de dicha solidaridad es el *abrir los locales parroquiales* a las necesidades de la sociedad que nos rodea. En nuestros locales –como en otras muchas parroquias– se reúnen vecinos de las casas del barrio, se ofrece terapia psicológica gratuita, se imparten clases de alfabetización euskaldun, se acoge y capacita a quienes desean realizar el camino de Santiago, se reúnen familiares de encarcelados alcohólicos anónimos, uno de los locales se ha transformado en taller ocupacional de vagabundos, etc.

– Un signo solidario es, naturalmente el acercarse a todas aquellas personas afectadas tanto por acontecimientos dolorosos (la enfermedad, la muerte, un accidente, organizar colectas solidarias en la parroquia...) como por situaciones gozosas (el nacimiento de un hijo, los 90 años de la abuela...). El sufrimiento, dice T. Queiruga, es lugar de la presencia de Dios en oblicuo; en primario y en directo lo constituyen la alegría, la relación afectiva etc." <sup>16</sup>

– Los cristianos no somos los únicos en desear generar humanidad. De ahí que apoyemos toda iniciativa que haga mejorar las condiciones de vida de las personas.

---

<sup>15</sup> *Evangelización y hombre de hoy*. Congreso, o. c., 2ª ponencia.

<sup>16</sup> A. Torres Queiruga, *Creo en Dios Padre: Jesús como afirmación plena del hombre* (Santander, Sal Terrae, 1986) 174-178.

b) Un espacio religioso (templo, celebración...) misionero. Raras son las personas que no frecuentan alguna vez una iglesia, una celebración cristiana. Bien por una demanda personal, bien por solidaridad con algún familiar o amigo, bien por pura curiosidad, la mayor parte de las personas visitan un templo, frecuentan una celebración sacramental.

– Es importante cuidar la ambientación y ornamentación de un templo: la luz, la música, unos paneles interpeladores, unas hojas oracionales... Nunca se sabe qué es lo que puede encender una pequeña luz.

– Más importante aún, lógicamente, es la *celebración cristiana*. En una sociedad moderna secularizada, que no gira por tanto en torno a los actos religiosos de la parroquia con una sensación intensa de prisa y de agobio, la celebración cristiana en sus dos vertientes – dominical y ocasional – cobra una *mayor significación*. Para unos, los practicantes, la celebración dominical es en muchos casos el único alimento religioso, la única plataforma religiosa en la que podremos apoyarnos para ir cambiando sus esquemas religiosos, interpelar y alimentar sus vidas cristianas; para otros, la celebración coyuntural – un funeral, un bautizo, una primera comunión – es su única referencia religiosa. Personalmente, valoro muchísimo la importancia misionera de los funerales, desde la visita a la familia, y la despedida en el tanatorio hasta la celebración cristiana de la muerte. Aun sabiendo que a dicha celebración acudirán muchos practicantes, nuestra óptica ha de girar en torno a los posibles "alejados de la fe" que puedan acudir. Ello debe hacernos cuidar los símbolos, la predicación, etc.

c) Un anuncio misionero.

Todos sabemos que el auténtico anuncio lo constituye siempre el testimonio, la vida; el signo es el gran lenguaje. Con todo, "para que se concrete el misterio absoluto de Dios, se necesita de una palabra que rompa la ambigüedad implicada en la noción de Dios"<sup>17</sup>. Cabe hacer un anuncio a los que vienen a la comunidad en demanda de un servicio religioso; el problema está en cómo hacerlo a los que no vienen.

– La situación de lejanía de la fe, que viven mayoritariamente quienes acuden a solicitar un sacramento, aconseja hacerles un anuncio misionero.

---

<sup>17</sup> J. Sobrino, *o. c.*, 284.

Pablo VI habló de "primer anuncio" (EN 52) del Evangelio que "busca despertar al hombre sembrando la inquietud religiosa y el interés por la persona de Jesús" (CA 206). Muchos de nosotros, en tales encuentros presacramentales, tratamos de ayudarles a leer y vivir el acontecimiento en cuestión (el nacimiento, el amor, la muerte...) desde una perspectiva cristiana: acompañándoles a enfrentarse con su situación, a sacar a la superficie las experiencias antropológicas que más o menos conscientemente están viviendo en su interior y haciendo ahí el anuncio del kerigma de Jesucristo. Es lo que Torres Queiruga denomina "mayéutica": con nuestro testimonio cristiano ayudamos al alejado a dar a luz lo que ya llevaba dentro<sup>18</sup>.

A aquellos que en estos encuentros han podido quedar inquietos e interesados por el Evangelio les invitamos a lo que en catequética denominamos "precatequesis" y que los obispos de Euskal Herría han descrito también en su última pastoral de Cuaresma 94: se trata de "escuchar sinceramente sus planteamientos formulando las preguntas que ningún ser humano debe eludir, deshaciendo prejuicios y experiencias negativas, despertando la conversión a Jesucristo"<sup>19</sup>.

Como apuntaba anteriormente, el problema del anuncio misionero es mayor, naturalmente, ante aquellos que no vienen. Aquí no tenemos más posibilidad que el testimonio y la relación personal que los creyentes pueden mantener con ellos. Claro es, nos preguntamos de la misma manera que lo han hecho los obispos en su plan pastoral de la Conferencia Episcopal para los próximos tres años "donde y cómo surgen estos laicos maravillosos"<sup>20</sup>. No cabe duda que tanto en estos casos como en la situación de los que acuden a la comunidad a solicitar un sacramento, la relación personal es insustituible. "En el fondo, ¿hay otra forma de comunicar el Evangelio que no sea la de transmitir a otro la experiencia de la fe?" (EN 46). La experiencia nos ha demostrado la invalidez de determinados medios de convocatoria, como la llamada por carta.

— Algunos de nosotros soñamos con un "anuncio misionero" que pudiera ser de alguna manera la edición de una *hoja parroquial con fuerte sabor misionero*, escrita con un fuerte sabor laical, fácil de leer, que

---

<sup>18</sup> A. Torres Queiruga, *Creo en Dios Padre*, o. c., 167-174.

<sup>19</sup> *Evangelizar en tiempos de increencia*, o. c., nn. 74 y 92.

<sup>20</sup> Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal (1994-1997), o. c., 3º parte, n. 6.



suscite interrogantes sobre el "hoy" real y donde se trasluzca una lectura cristiana esperanzada. Naturalmente, no se trata de la clásica hoja parroquial. Un empeño hartó difícil.

– Unos cuantos párrocos de la ciudad quisiéramos hacer el curso próximo la experiencia de unos *encuentros* en los que determinados personajes de la vida cultural, política, deportiva..., *comunicaran públicamente* su propia búsqueda de Dios, el proceso que han seguido.

– En un pueblo como el nuestro debemos utilizar más la *música*, el *arte*, la *poesía*..., como mediaciones para unos encuentros misioneros. La experiencia en mi parroquia, de unos encuentros cuaresmales, combinación de música coral, poemas, reflexión, Palabra de Dios, música ambiental y silencio, ha resultado muy satisfactoria.

### 3. *Una catequesis de estilo catecumenal*

No es mi intención exponer aquí nociones de catequética, pero me veo obligado, aun cuando no sea más que para apuntar la necesidad de una catequesis de estilo catecumenal para *fundamentar, cimentar esa conversión inicial* que se ha podido producir en los encuentros precatequéticos, en definitiva para recuperar la experiencia religiosa cristiana. La adhesión a la comunidad cristiana se dará cuando en un proceso catequético hagan la experiencia de la comunidad, descubran la dimensión comunitaria-ecclesial de su fe y la quieran vivir con los otros. Esta voluntad de adhesión no se consigue únicamente por tener tres o cuatro encuentros misioneros presacramentales.

Hace muy pocos años, la Plenaria del episcopado discutió en varias de las reuniones el plan básico de formación para el apostolado seglar. Se buscaba dar con un proceso sencillo de formación que diese a los seglares la entidad suficiente para manifestarse y vivir como creyentes testigos en la sociedad actual. En su última Plenaria, estos mismos obispos se preguntaban cómo y dónde conseguir esos cristianos maravillosos. Personalmente, pienso que la catequesis de adultos es aún una asignatura pendiente en pastoral. No se ha descubierto el carácter de capacitación básica, fundante, de la identidad cristiana, que es lo peculiar de un proceso catequético de estilo catecumenal. Es esto lo que da a la catequesis su carácter de "prioridad referida a las otras acciones evangelizadoras y potenciadora de las mismas" (CA 53-55).

Sé por experiencia personal lo difícil que resulta el conseguir que un adulto/a se decida a buscar seriamente su fe. Personalmente, me he propuesto conseguir todos los años un pequeño grupo de seis o siete personas que inicien la precatequesis. En situación de misión postcristiana hay que contar con los dedos. Por otra parte, todo este proyecto misionero supone preparar catequistas acompañantes laicos y una comunidad cálida que los acoja.

El hecho de que sean pocos quienes se apuntan a una búsqueda de la fe no indica sin más que no hayamos evangelizado bien. Una cosa es evangelizar y otra ser evangelizado; incluso habría que distinguir entre los evangelizados dos niveles: quienes han vivido gozosamente su acontecimiento desde una luz evangélica, pero de suerte que el impacto no ha sido tan fuerte como para decidirse a continuar buscando la fe; y quienes, vivamente interesados, continúan el proceso de la fe.

Por manifestaciones, a mi parecer sinceras, de muchos adultos que han vivido un acontecimiento sacramental, estoy convencido de que la celebración ha sido un pequeño Evangelio para ellos, aun cuando después, bien por culpa de ellos o de nosotros —que no cuidamos una *pastoral de seguimiento*—, ese despertar no haya tenido continuación.

## II. EL APOYO NECESARIO DE UNA COMUNIDAD VIVA

Una de las experiencias más dolorosas que uno hace en una parroquia es la de palpar su poca fuerza evangelizadora, la pasividad y el desconocimiento de muchos de sus componentes respecto de la misión —o el proyecto misionero— que dicha comunidad quiere llevar a cabo en la sociedad, como si el talante de una parroquia dependiera de su párroco y unos cuantos colaboradores.

La participación vivencial de toda la comunidad, o al menos de una gran parte de la misma es vital tanto para el desarrollo de la fe de sus miembros como para que dicha comunidad pueda realizar su misión en la sociedad. El anuncio testimonial de cada uno de los miembros tiene que ser respaldado por la vida de la comunidad. "Todo lo que se proclama en la evangelización misionera ha de ser pura verdad en los procesos pastora-

les de la comunidad creyente"<sup>21</sup>. Si alguno se preguntara por algún lugar donde se pudiera ver y probar lo que anunciamos, tendríamos que tener un "escaparate" donde lo pudieran observar además de nuestro testimonio personal.

Naturalmente, no puede ser cualquier tipo de comunidad, sino aquella que encarne lo que anunciamos, que suscite las mismas preguntas que puede hacer nacer nuestro testimonio personal de vida y que, como consecuencia, produzca en las personas deseos de acercarse a ella. Esto es,

a) Una *comunidad evangélica, fraterna*, teniendo como centro el amor mutuo y donde los fieles se ayudan comparten, se consuelan. Una fraternidad "sin padres" – "sólo Dios es vuestro padre, vosotros sois hermanos" – y donde los cargos son entendido como "diaconía", ministerio, servicio. Es lo que G. Lohfink llama una "sociedad de contraste"<sup>22</sup>. Una comunidad así se transforma por su propia condición en "luz para las naciones, ciudad puesta sobre el monte que lleva a las gentes a glorificar al Padre" (Mt 5,13-15).

b) Una comunidad de hombres y mujeres con *rostros de salvados*, con conciencia de haber tenido el regalo de poder vivir la fe, una experiencia que nos ha humanizado, liberado, llenado de vida. Debemos transparentar en nuestras vidas que Dios es amigo, plenitud, salvación del ser humano. No es una experiencia que nos haya sacado de nuestro mundo; al contrario, nos ha llevado al encuentro con nosotros mismos, nos ha llevado a descubrir una dimensión de trascendencia en nuestras luchas y esperanzas diarias. Como dice Queiruga, "la disputa con el ateo no es de un trans-mundo, sino de una lectura de éste. Quien cree ve más"<sup>23</sup>. Entiendo que esto es muy importante para evangelizar, porque de una u otra forma lo vamos a transparentar, y, más de una vez, nuestros planteamientos teológicos han frenado a más de uno el acceso a la fe o han sido motivo de imágenes falseadas de la fe cristiana. Por eso, los obispos españoles, en su última Plenaria, pedían "utilizar un vocabulario y unas nociones... que resulten significativos para nuestros interlocutores"; en el fondo, una seria

---

<sup>21</sup> *Evangelización y hombre de hoy*. Congreso, o. c., 151.

<sup>22</sup> G. Lohfink, *La Iglesia que Jesús quería* (Bilbao, Desclée de Brouwer, 1986). Es muy sugestivo todo el cap. III en el que muestra las características neotestamentarias.

<sup>23</sup> A. Torres Queiruga, *Creo en Dios Padre*, o. c., cap. 5.

actualización de nuestros planteamientos. Por eso me ha agradado que los obispos de Euskal Herria coloquen como primera fuerza para evangelizar —y tan bellamente expuesto— "la salvación cristiana como Buena Noticia" <sup>24</sup>.

c) Una comunidad esencialmente *acogedora*, que viva profundamente el ser "propter homines". No nos va a resultar nada fácil el convencer a la sociedad que nos rodea, que todo cuanto tenemos y decimos es para su bien, no para defender nuestros intereses particulares. "Habéis recibido gratis, dadlo gratis", nos dijo el Señor (Mt 10,8). Como nos recordaba nuestro obispo diocesano a los grupos de catequesis de adultos, debemos dar a conocer la fe a otros, "no para defender la fe, sino como un don de nosotros mismos, hecho desde el amor hacia el otro a quien queremos hacer partícipe de lo más hondo de nuestra vida personal" <sup>25</sup>.

El Catecismo de la Iglesia Católica lo dice bien: "Del amor de Dios por todos los hombres ha sacado la Iglesia en todo tiempo la obligación y la fuerza de un impulso misionero" <sup>26</sup>. En realidad, la evangelización es exigencia del amor, fruto de quien ama. Este estilo acogedor lo debemos plasmar en el despacho —las personas que lo atienden el estilo del local—, en las celebraciones, en las exigencias pastorales... Ciertamente no debemos transformar la comunidad en un autoservicio religioso, es necesario educar a la gente, marcar unas pautas pastorales, pero tampoco ser esclavo de ellas. Tenemos que saber acoger a cada persona en el nivel que se encuentra, ayudarla a vivir niveles superiores, pero cuidando de "no apagar la mecha que humea" con nuestro rigorismo pastoral. Como diría Mello, ser una comunidad "ligera de equipaje".

d) Una comunidad que hace suyo el *proyecto misionero* <sup>27</sup>: comprometiéndose en gesto misionero (colectas, iniciativas a favor de marginados...). A este nivel Juan Martín Velasco aboga por "presencias evangelizadoras institucionales a favor de marginados sociales" <sup>28</sup>. No basta con

<sup>24</sup> *Evangelizar en tiempos de increencia*, 53-57.

<sup>25</sup> II Asamblea Diocesana de Catequesis de Adultos. Junio 1987.

<sup>26</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 851.

<sup>27</sup> Los obispos de Euskal Herria nos recomiendan a todas las parroquias elaborar un proyecto misionero. *Evangelizar en tiempos de increencia*, o. c., n. 87.

<sup>28</sup> J. Martín Velasco, *Increencia y evangelización. Del diálogo al testimonio* (Santander, Sal Terrae, 1988) 243-249.

el testimonio personal de unos cuantos creyentes. "Danos Señor entrañas de misericordia ante toda miseria humana –reza una de nuestras plegarias eucarísticas– inspíranos el gesto y la palabra oportuna... que todos encuentren en tu Iglesia un motivo para seguir esperando"<sup>29</sup>. ¿Cómo es posible que estos adultos no hayan descubierto a lo largo del proceso la transmisión maternal de la fe que nos hace la Iglesia, ella que ha sabido guardar fielmente el legado de Jesús y que nos transmite "todo lo que es y todo lo que cree?" (DV 8).

e) Una comunidad *corresponsable* donde se palpa *vida de familia*, todos o muchos participan, hay sensación de que una corriente de vida atraviesa la comunidad. A este nivel hay que ir ampliando –y hasta rejuveneciendo– el rostro externo de la parroquia el grupo de los que aparecen como los de la parroquia de... La experiencia demuestra que muchos de los alejados quedan gratamente sorprendidos cuando son acogidos por seglares en el despacho, cuando tratan con adultos y jóvenes. en el ámbito parroquial. Algo de esto debe transparentarse en la celebración del pueblo de Dios, de todo el pueblo de Dios y no sólo de quien lo preside. Pienso que una de las cosas más serias que debemos hacer los sacerdotes en la parroquia es capacitar a los laicos para que sean "mayores de edad", con una cierta autonomía y autoridad en las comisiones parroquiales. Ir preparando, cuando menos, "cabezas de serie" que permitan continuar con el estilo y la ilusión de una comunidad, marche o venga un nuevo sacerdote.

f) Una *comunidad esperanzadora*: una comunidad que mira con buenos ojos al mundo. Ciertamente el pecado está en el mundo y en cada uno de nosotros. Los documentos magisteriales –y últimamente nuestro papa Juan Pablo con la *Veritatis splendor* (capítulo II en especial)– han denunciado proféticamente los males de este mundo. Esto es fruto del amor –aun cuando muchos no lo entiendan así–, pertenece también a la actuación evangélica de Jesús. Pero esto no debe empañar nuestra mirada a este mundo trabajado por el Espíritu de Dios. Si nosotros, que creemos en la acción del Espíritu, no miramos esperanzadamente al mundo, ¿quién lo va a hacer? Siempre me ha impresionado el testamento de Bonhöffer, encontrado en su bolsillo tras ser asesinado por los nazis: "no abandonamos a este mundo, no lo juzgamos, no lo condenamos, no... A este mundo le

---

<sup>29</sup> Plegaria eucarística V.b.

damos nuestra llamada del Dios del amor. Le damos nuestra esperanza..." Sería bueno que fuéramos comunidades construidas sobre la roca que es Cristo, sobre los cimientos de los apóstoles, pero unas comunidades sencillas, humildes, sin pretensión de tener respuestas salvadoras para todo, en armonía con la naturaleza y con el mundo; como dice R. Garaudy, "la naturaleza entera es mi cuerpo sin límites y mi conciencia está habitada por todos los hombres en la totalidad de su historia y de sus civilizaciones"<sup>30</sup>, escuchando a este mundo, que también nos lanza su profecía, y que Queiruga llama "profecías del exterior", "choques saludables que le recuerdan la fidelidad primera, la alianza primigenia"<sup>31</sup>.

Éste es un momento idóneo y a la vez difícil para la oferta comunitaria de la Iglesia. Por una parte idóneo porque —como dice E. Fromm en la introducción de su célebre libro sobre la libertad—, "ésta, la libertad, le ha proporcionado independencia y racionalidad al hombre, pero lo ha aislado y, por tanto, lo ha tornado ansioso e impotente"<sup>32</sup>.

En esta isla habitada y solitaria están teniendo éxito las sectas, los grupos comunitarios cálidos. Aquí tendrá mucho que decir la comunidad de Jesús, pero la auténtica comunidad de Jesús, no esos oasis, islas separadas del mundo, como advertía K. Rahner en su conocida entrevista, "Invierno de la Iglesia".

Por otra parte, es un momento difícil para vivir la comunitariedad, viviendo como lo hacemos en un acendrado individualismo. ¿Cómo puede ser uno comunitario en la fe cuando no lo es en la vida, en la vecindad, en el trabajo? Todos estamos experimentando lo difícil que nos resulta el vivir comunitariamente en la parroquia. Esto no es algo que lo vamos a hacer nacer por decreto, por escritos, de arriba-abajo. Muchos pensamos que sería bueno comenzar de abajo-arriba, *potenciando* en el interior de la parroquia —no al margen de ésta— *plataformas comunitarias* compuestas por aquellos creyentes a los que se ve con capacidad y un deseo de vivir adulta y comunitariamente la fe. Personalmente, potenciaría la plataforma juvenil (18-23a), la plataforma de adultos jóvenes (30-55) y la de los adultos "maduros" (55-60-70). Nuestro papa Juan Pablo piensa que "las pequeñas comunidades eclesiales, dentro de algunas parroquias, sobre

<sup>30</sup> R. Garaudy, *¿Tenemos necesidad de Dios?* (Madrid, PPC, 1994) 193-197.

<sup>31</sup> A. Torres Queiruga, *El cristianismo en el mundo de hoy*, o. c., 19-29.

<sup>32</sup> E. Fromm, *El miedo a la libertad* (Buenos Aires, Paidós, 1972) introducción.

todo si son extensas y dispersas, pueden ser una ayuda notable en la formación de los cristianos, pudiendo hacer más capilar e incisiva la conciencia y la experiencia de la comunión y de la misión eclesial" <sup>33</sup>.

### III. HACIA UNA MAYOR VIVENCIA ECLESIAL

Los obispos españoles en uno de sus documentos afirmaban: "Es preciso que caigamos en cuenta de la naturaleza esencialmente eclesial de nuestra fe personal, desarrollando la estima de la Iglesia" (TDV 32). Como apuntaba al comienzo de este artículo, soy consciente de la ausencia de eclesialidad en muchísimos creyentes. Yo he propuesto potenciar la vivencia comunitaria de la fe para pasar de aquí a una eclesialidad más amplia y más de fondo. Debo reconocer, sin embargo, que el crecimiento en comunitariedad de la fe de muchos adultos que han pasado por procesos de catequesis no ha acarreado un crecimiento en eclesialidad. ¿A qué es debido todo ello? ¿Cómo es posible que estos adultos no hayan descubierto a lo largo del proceso la transmisión maternal de la fe que nos hace la Iglesia, ella que ha sabido guardar fielmente el legado de Jesús y que nos transmite "todo lo que es y todo lo que cree" (DV 8)?

No es nada fácil analizarlo. Todos tendríamos que hacer una autocrítica. Desde luego, no ayuda mucho el encontrarnos en una sociedad enormemente individualista, reacia a toda institución, con el recuerdo histórico de un pasado reciente, con una juventud que ha roto con el modelo cultural anterior —donde la Iglesia era uno de los pilares—, una juventud con poco aprecio por el papado a todos los niveles y a la que, por tanto, le va a costar mucho su vinculación a una institución que se apoya en la comunidad apostólica de hace 2000 años.

Con todo, sigo pensando que es desde la experiencia de la comunidad cristiana desde donde podemos hacer descubrir la riqueza y la estima de la eclesialidad de nuestra fe. Voy a apuntar, tan sólo, uno cuantos pasos hacia la eclesialidad que podríamos dar desde las comunidades cristianas.

1. Tendríamos que revisar nuestro nivel de eclesialidad los propios responsables de las comunidades. Estoy convencido de que la eclesialidad de los grupos de Iglesia depende, en buena parte, del *talante de sus*

---

<sup>33</sup> Juan Pablo II, *Christifideles laici*, 61; 26.

*dirigentes y catequistas*. En el modo de hablar de la Iglesia —o al no hacerlo— transferimos nuestra vivencia eclesial.

2. Tenemos que estudiar mejor la forma de *incorporar la eclesialidad* a los *procesos catequéticos de la comunidad*. Su incorporación no es facultativa; es algo esencial al acto de fe. La catequesis preconfirmatoria no pasa de ser muchas veces una "Jesuología". Todos sabemos lo difícil que resulta el paso a la fe, al sacramento, a la Iglesia.

3. *Dar a conocer a los fieles, de una forma pedagógica abreviada*, los grandes documentos-intervenciones tanto del magisterio papal como del Magisterio local. Aparte de ser un signo de cariño y fidelidad a nuestros pastores, sería un medio de compensar el descrédito que los medios de comunicación lanzan sobre tales documentos, desvirtuando o mutilando la enseñanza y creando la confusión entre los creyentes

4. Mostrar pedagógicamente a los fieles *cómo se recibe al propio obispo en la comunidad* cuando accede a la misma con ocasión de la confirmación, visita pastoral...

5. Impulsar la unidad de la Iglesia particular, animando a los fieles a *participar en la oración y la celebración con su obispo* cuando éste nos invita a las grandes vigilias, la misa crismal, la eucaristía del día de S. Pedro, etc.

6. Potenciar todo aquello que dé *unidad a la comunidad cristiana*. Jesús puso en la unidad de sus seguidores la mediación necesaria para que el mundo pueda creer en él. Por ello, deberíamos potenciar:

- los consejos y asambleas parroquiales,
- encuentros parroquiales conjuntos de las plataformas comunitarias internas de jóvenes, adultos jóvenes y adultos maduros,
- encuentros zonales de grupos, movimientos y comunidades distintas, que no siempre funcionan con idénticas posiciones teológico-pastorales.

Todas estas iniciativas de comunión pueden ser muy ricas, tanto para hacer crecer la eclesialidad de los que acuden como para ayudar a hacer entender un poco nuestro ser de Iglesia a los que nos observan desde fuera.

¿Cuál sería la praxis pastoral que pudiera estimular en la gente la pertenencia a la Iglesia, a la comunidad cristiana? No es fácil decirlo.

¿Nos esperan años en los que tendremos que hacer la experiencia del "pusillus grex"? Pienso que el gran problema que tenemos en la pastoral



no es el de no acertar con los caminos adecuados, sino el acartonarnos, el perder la ilusión. Tendremos que aprender a vivir creyentemente en un mundo increíbles como decía Bonhöffer, "ante Dios y con Dios en un mundo sin Dios". "No temáis, yo he vencido al mundo", nos decía el Señor. Acaso esta situación nos venga bien para hacer una cura de humildad, para descubrir que "la fuerza nos viene de Dios y no de nosotros mismos" (2 Cor 4,7), para vivir un sentido muy agudo de nuestra propia pobreza a la hora de ser instrumentos de Dios en el anuncio y la edificación de su Reino"<sup>34</sup>.

---

<sup>34</sup> *Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal (1994-1997).*